

dicación voluntaria. De todos los recuerdos que dejaría en México, el último, el que más se tendría en cuenta, sería el de una victoria, la cual salvaría del ridículo la aventura mexicana y proyectaría quizás sobre ella, á los ojos del viejo mundo, el maravilloso reflejo de las cosas atrevidas y lejanas. En todo caso, se habría evitado la irrisión suprema de volver á Europa en los furgones de Francia, de esa Francia á quien el príncipe imputaba todas sus desgracias y á la que por lo mismo detestaba.

Guardado por la autoridad de las leyes, un monarca tiene en su capital su natural y permanente morada. Expuesto á los accidentes cotidianos de la fortuna, un jefe de partido debe salir á campaña. El archiduque (¿puede dársele todavía el nombre de emperador?) se decidió á abandonar México é ir en busca del enemigo. La resolución, muy discutida de momento y luego muy criticada, no dejaba de ofrecer notables ventajas. Tomando la ofensiva, Maximiliano evitaba que se le reprochase desaliento ó inercia. Corría el albur de una victoria. En su avance aumentaría sus contingentes por medio de la leva y su tesoro por las dádivas voluntarias del clero y de los grandes propietarios. Las requisiciones harían lo demás. Partiendo por el camino del Norte, el príncipe se dirigió hacia Querétaro: al Nordeste de dicha ciudad se extendía una región montañosa, difícil de penetrar, fácil de defender, fecunda en refugios; era el país del general imperialista Mejía, completamente adicto á su soberano y muy popular entre los de su raza. En caso de supremo fracaso, se esperaba encontrar en aquellos lugares casi inexplorados amigos fieles y un escondrijo impenetrable. El 19 de febrero Maximiliano entró en Querétaro, donde fué recibido con calurosas aclamaciones, enternecedor testimonio de una fidelidad acrisolada. Con esta entrada casi coincidió el último llamamiento de Bazaine, llamamiento llegado demasiado tarde y de que el príncipe no tuvo noticia. En Querétaro, durante el breve reposo que le dejaban los adversarios, el archiduque pudo reunir sus fuerzas, revisarlas, apreciar lo que de ellas podía esperarse. A su alrededor estaban agrupados sus generales: Mejía, modesto, inteligente, leal, muy superior á todos sus compatriotas; Miramón, joven, valiente, y que en otro tiempo ocupara la presidencia de la República, cosa que no había olvidado: era un poco sospechoso á Maximiliano, que le tildaba de ambicioso y sólo se aproximó á él en los últimos días; Marquez, verdadero tipo de *condottiere*, audaz, lleno de recursos, sin escrúpulos, demasiado comprometido para esperar clemencia alguna, crecido en la guerra civil y viviendo en ella como en su condición natural, muy capaz de servir bien á su señor, y también de salvarse solo y abandonarle. En lugar secundario aparecían otros jefes: Arellano, que mandaba la artillería; luego un coronel, ya sospechoso para algunos, pero muy visible, que gozaba del favor de su amo y que se llamaba López; á los pocos días, el 23 de febrero, llegó una nueva división á las órdenes del general Méndez, procedente de Michoacán. Con este refuerzo el ejército imperialista reunido en Querétaro contaba aproximadamente 10.000 hombres: los peores elementos se habían eliminado de por sí con las deserciones de las épocas precedentes; de manera que el ejército que restaba parecía fuerte, bastante bien organizado y susceptible de valor y arrojo.

Del empleo de estas fuerzas dependían el fracaso irremediable ó la liberación. Los contingentes juaristas, Escobedo por un lado, y por otro Corona, se aproximaban. Reunidos, sobrepasarían á los imperiales; pero antes de juntarse serían vulnerables durante algunos días. El plan, atrevidísimo y acertado, consistía en aprovechar estas horas de favor, las últimas que Dios concedía al imperio, y en atacar separadamente á los dos cuerpos del ejército enemigo. Miramón aconsejó esta conducta. La decisión debía ser pronta; la ejecución, de una rapidez aterradora. Cometiéndose una gran falta en vacilar, en aplazar lo que no sufría un momento de retraso. Marquez, el rival de Miramón, ponderó las ventajas de la defensiva; siendo así, ¡cuánto mejor hubiera sido permanecer en México! Mientras tanto, los ejércitos republicanos se concentraban. Desde entonces el emperador se encontró acorralado en Querétaro. Unos días más y estaría sitiado.

No tengo el propósito de narrar este sitio, á pesar de que sobre todo este desenlace se ciernen la imagen de Francia, materialmente ausente y moralmente responsable. ¿Qué decir de este último acto del drama mexicano? Un recuerdo, el de Gaeta y de su defensa, preséntase á la imaginación: pero mientras que en las aguas napolitanas estaba nuestra flota pronta á recoger á Francisco II vencido, el Habsburgo cautivo no tendría más refugio que Juárez y su clemencia. Cuando no eran todavía infranqueables las líneas enemigas, salió Marquez de la plaza con parte de la caballería. Habíasele ordenado que marchara á México y que trajese consigo presurosamente el resto del ejército imperial. Partió, mas no se le volvió á ver: esto hizo creer á los más indulgentes que sólo había pensado en sí mismo, y á los más severos, que había abandonado la causa de su señor. El resultado de la lucha era fácil de prever. En los anales de la defensa hubo, sin embargo, algunos días hermosos, y más de una vez volvieron los imperiales á la ciudad cargados con los despojos del adversario. Mas la alegría de estos éxitos tenía resabios de tristeza, como ocurre con las victorias estériles. En público Maximiliano aparentaba todavía confianza: en el círculo reducido de sus amigos mostrábase desilusionado. «Si la ciudad debe rendirse, decía, pediré que únicamente se vierta mi sangre.» Un día en que pretendían fotografiarle, dijo sonriendo: «¿Queréis hacerlo por temor de que luego sea demasiado tarde?» La resistencia se prolongó durante dos meses, mucho más de lo que el honor requería. Desde principios de mayo se vislumbraron las señales del supremo peligro: una grande escasez de víveres, apenas un poco de maíz, y deserciones en número bastante crecido; muchos enfermos y sin medios para aliviarlos ni curarlos; ninguna noticia exterior: lo que hubiera podido saberse era para descorazonar á cualquiera. Puebla estaba tomado, México estrechado; así desaparecían los últimos jirones del imperio. Durante mucho tiempo contóse con Marquez, mas luego perdióse la esperanza. Llegó un día en que el único recurso fué intentar á toda costa abrir una brecha: los sobrevivientes llegarían á Sierra Gorda, es decir, á aquellas montañas en cuyas poblaciones indias contaba todavía Mejía con influencia.

La traición (pues no puede darse otro nombre á lo que siguió) previno esta tentativa desesperada. La salida, fijada primero para la noche del 13 al 14 de mayo,

fué aplazada para la siguiente. Entre los compañeros de Maximiliano había un oficial cuyo nombre hemos citado ya, López. El 15, mucho antes de amanecer, éste introdujo al enemigo dentro de la plaza. Maximiliano, bruscamente arrancado al sueño, cogió sus armas, reunió á algunos de sus partidarios, y todos juntos corrieron hacia una eminencia que dominaba la ciudad, llamada el *Cerro de las Campanas*. Asegúrase que en la confusión del primer momento el emperador hubiera podido salvarse. Esperóse á Miramón, pero en vano: había sido herido. Ya los republicanos, que entraron al principio en pequeños grupos, penetraban por todos lados. Varias piezas de artillería se asestaron contra el *Cerro*. El archiduque interrogó á Mejía: «¿Es imposible abrirse paso?—Lo creo imposible,» repuso el general indio después de haber explorado con sus gemelos las posiciones cercanas. Luego añadió: «Si Vuestra Majestad lo ordena, lo intentaremos. Por mi parte estoy pronto á morir.» El fuego de la artillería era cada vez más intenso y la resistencia hubiese causado la pérdida de todos. Había allí una tienda de campaña, y las telas fueron cortadas á trozos para confeccionar banderas blancas. Llegaron Riva Palacio y Corona, y un poco más tarde Escobedo, á quien el emperador entregó su espada. El príncipe fué conducido al convento de la Cruz, que había sido su morada durante el sitio y que había de servirle de cárcel al principio de su cautiverio. Mientras tanto, la ciudad se llenaba de oficiales juaristas, satisfechos del triunfo, si bien algo avergonzados de la traición, todos ávidos de contemplar al que había aspirado á ser su señor y que, despojado decididamente del imperio, no era más que Maximiliano de Lorena-Habsburgo (1).

VI

Durante cinco años, Juárez había personificado la República mexicana. Ningún revés le había abatido; ninguna deserción le había descorazonado; ninguna retirada le había parecido sin esperanza. Se le había visto huyendo de refugio en refugio, siempre cercado, nunca vencido. Sea ambición, sea temor de que una transmisión de poder no perdiése totalmente al Estado republicano, había prorrogado su mando mucho más allá de los términos legales, de suerte que no teniendo ya para sí ni la ley ni la fuerza, su único poder residía en su obstinación. La victoria había coronado su constancia, y por esto, haciendo en sentido inverso el viaje que antes había realizado, se dirigía de etapa en etapa hacia el centro del imperio. Establecido interinamente en San Luis de Potosí, sólo esperaba un éxito de sus armas para entrar en la capital. Al llegar á la meta de su fortuna, llegaríale también la hora decisiva de su carrera. ¿Convenía colocarle entre aquellos grandes patriotas que, magnánimos con oportunidad, saben fundar la pacificación sobre la clemencia? ¿Era solamente un indio más tenaz que los otros, que se había puesto la máscara de la civilización? Esto se vería en su conducta para con Maximiliano vencido.

Desde fin de marzo, estando el archiduque encerrado

(1) Véase sobre los incidentes del sitio á Alberto Hans, *Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien*; doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, etc.

en Querétaro, se había presentado y sospechado, sin atreverse á creerlo posible, un desenlace siniestro. El emperador Francisco José, emocionado, solicitó de antemano la intervención de los Estados Unidos por mediación del ministro de Austria en Washington. El 6 de abril Mr. Seward, secretario de Estado para los Negocios extranjeros, escribía á su representante cerca de la República mexicana, Mr. Campbell: «La captura del príncipe Maximiliano en Querétaro parece probable. Los rigores ejercidos con los prisioneros de Zacatecas despiertan el temor de que puedan practicarse parecidas



El general D. Vicente Riva Palacio

represalias en el archiduque y las tropas extranjeras. Semejantes violencias serían indignas de la causa nacional y desacreditarían ante el mundo entero el sistema republicano. Invite usted al presidente Juárez, para el caso de que el príncipe caiga en su poder, á reservarle, así como á sus compañeros, el tratamiento humanitario que las naciones civilizadas aseguran á los prisioneros de guerra.»

La petición era tan correcta como previsora. Por desgracia, Mr. Campbell, á quien se dirigía, no había seguido á Juárez en sus viajes. Sus instrucciones le dejaban, según parece, «una latitud discrecional para establecer temporalmente su residencia en alguna ciudad de los Estados Unidos ó de otra parte, próxima á las fronteras ó á las costas de México (2).» Aprovechando esta tolerancia, habíase fijado en Nueva Orleans, es decir, á medio camino de Washington y México. Así,

(2) Véase *Papers relating to foreign affairs*, 1868, Washington, pág. 389.

pues, permanecería hasta terminar la crisis lo precisamente lejos para llegar tarde. Este diplomático, poco amigo de viajar, se concretó á enviar á México un antiguo oficial del ejército federal, Mr. Whyte, que le había sido recomendado por el general Sheridan. El 20 de abril, Mr. Whyte llegó á San Luis de Potosí por la vía de Gálveston y de Tampico. De su viaje sacó las impresiones más desconsoladoras para la causa imperial. Maximiliano estaba sitiado en Querétaro por un ejército de 30.000 hombres, el cual constantemente recibía refuerzos: Juárez contaba estar en México dentro de tres ó cuatro meses. Con respecto al porvenir del archiduque, sólo recogió el mensajero rumores alarmantes. El ministro de Negocios extranjeros, Sr. Lerdo de Tejada, lejos de reprobar la ejecución de los prisioneros de San Jacinto, se esforzaba en justificarla: además dejaba entender que las leyes de la guerra autorizaban semejantes rigores con respecto á todos los extranjeros que cayeran en sus manos (1).

Mientras tanto, sucumbió Querétaro. Al recibir la noticia, estalló la alegría de Juárez: «¡Viva la patria!, telegrafaba ya el 15 de mayo. Esta mañana á las ocho Querétaro ha sido tomado á viva fuerza. Maximiliano, Mejía, Castillo y Miramón han caído prisioneros.» Calmado el primer ímpetu, la principal preocupación no fué precisamente la victoria, sino la suerte que habían de correr los cautivos. La resolución no tardó mucho en adoptarse. Tiempo atrás, el 25 de enero de 1862, en los comienzos de la ocupación francesa, decretóse una ley contra los invasores y sus cómplices. Aun en aquel país de enemistades salvajes, el edicto había parecido cruel, de tal modo prodigaba la pena capital, y se le había llamado *la ley mortuoria*. El 21 de mayo de 1867 un despacho del ministro de la Guerra á Escobedo le ordenó que reuniese un consejo de guerra y que aplicase esta siniestra ley á «Fernando Maximiliano de Habsburgo, sedicente emperador de México.»

Sin embargo, los principales Estados de Europa habían tenido y tenían aún embajadores cerca de la corte imperial de México, reconocida como corte soberana. Estos representantes ó encargados de Negocios eran: por Francia, el Sr. Dano; por Austria, el Sr. De Lago; por Prusia, el barón Magnus; por Bélgica, el Sr. Hooriks; por Italia, el Sr. Curtopassi. Su deber era ayudar al monarca vencido é interponerse para con el vencedor. Por desgracia, todo concurría á entorpecer ó á debilitar los esfuerzos de los europeos. Estaban encerrados en México, defendida por Marquez en nombre del emperador y sitiada por Porfirio Díaz, jefe de las fuerzas republicanas. A la ciudad no llegaba ninguna noticia, salvo las que el sitiador no interceptaba y que el sitiado consentía en divulgar. Los imperialistas empezaron por negar la toma de Querétaro y el cautiverio de Maximiliano. Cuando el rumor se hubo confirmado, pareció muy grande la dificultad para trasladarse adonde estaba el archiduque y pedir clemencia á Juárez. Para salir de la ciudad, era necesaria una doble autorización: la de Porfirio Díaz y la de Marquez: el primero, personaje muy superior á sus compatriotas por su talento y por sus sentimientos, no sería quizás inflexible; cosa

(1) *Papers relating to foreign affairs*, segunda parte. Washington, 1868, pág. 388, 403-405.

extraordinaria, inaudita, las mayores dificultades las suscitaba Marquez. A estos retrasos materiales se añadía la incertidumbre sobre la oportunidad de las diligencias. Sea por conocimiento real de los negocios, sea por excusar á su propio país, el cónsul de los Estados Unidos, Mr. Marcos Otterbourg, no cesaba de repetir que toda presión sería nociva y que si Juárez se inclinaba hacia la clemencia querría recoger solo el premio de su generosidad. En fin, entre los representantes del viejo continente varios parecían más comprometedores que útiles; tales eran el ministro de Austria, barón de Lago, y, sobre todo, el ministro de Francia, Sr. Dano, odioso á los republicanos, que le consideraban como enemigo, y no menos odioso á los imperialistas, que nos culpaban de su abandono.

Mientras los diplomáticos, mal informados, atados de manos, perplejos entre los peligros de la ingerencia y los de la abstención, dejaban transcurrir los días en la capital, Maximiliano, prisionero en Querétaro, cedía á la dura presión de sus enemigos. ¿Vió desde el primer momento todo el horror de su destino? Es lícito dudarlo. Durante el sitio había hablado de su vida como de un holocausto. Una vez cautivo, no renunció enteramente á la esperanza. No se figuraba que la audacia de los juaristas llegase hasta inmolar un archiduque. Además había depositado en México, en manos de sus ministros, un acta de abdicación para ser publicada en caso de caer prisionero; y con una credulidad extraña se persuadía que este cándido subterfugio sería para él una justificación. Empapado en estas ideas, pidió ser conducido á un puerto para embarcarse; luego recomendó que le preparasen un camarote á bordo de la corbeta austriaca *Elisabeth*, anclada en aguas de Veracruz. Las tristes claridades que penetraban en su prisión no tardaron en desvanecer aquel engaño. Uno de los generales imperialistas, que había logrado esconderse en Querétaro, fué descubierto y fusilado sumariamente, y esta ejecución pareció un presagio. A las interrogaciones de los compañeros del emperador sólo oponían los juaristas contestaciones breves ó un silencio más inquietante que el insulto. Tratábase al archiduque como á un aventurero, no como á un príncipe que conserva aún en su desgracia algunos restos de la pasada magnificencia. Encerrado primero en el convento de la Cruz, fué trasladado al convento de los Teresitas, y luego al de los Capuchinos, sin otro cuidado que el de evitar una evasión, sin recibir ninguna injuria y sin que se esmerasen por endulzarle el cautiverio. No dejaba de ser cruel semejante rigor hallándose Maximiliano agotado por la disentería y devorado por la fiebre, enfermedades que ya no le abandonaron. En estas coyunturas le fué notificada al prisionero la decisión de que en su causa entendería un consejo de guerra. La elección de esta jurisdicción, y los textos de ley invocados, todo hacía prever la sentencia. Maximiliano, ante la evidencia abrumadora y en la imposibilidad de una fuga, se mostró tal como era, no estoico, ni tampoco pusilánime, resignado con su desgracia, pero con instintivas atracciones hacia todo lo que su juventud le prometía todavía. Había vivido de sus ilusiones, algunas de las cuales le acompañaron hasta su muerte. Entre todas, la más extraordinaria también fué su fe en Juárez. El 27 de mayo le telegrafió para pedirle «una entrevista para tratar de

materias graves é importantes para México.» «Como es usted, añadía, un amigo apasionado de su país, espero que no rehusará la entrevista. Estoy dispuesto á trasladarme á esa ciudad á pesar de los quebrantos de mi salud.» La contestación fué negativa. Sin embargo, el proceso estaba próximo. Un débil hubiese implorado la vida; un verdadero monarca, firme en su derecho, hu-

El mensaje imperial disipaba toda clase de dudas. Pero, para salir de la plaza, las dificultades fueron grandes, menos por las exigencias de Porfirio Díaz que por la mala voluntad de Marquez: de ahí un nuevo aplazamiento en un asunto que permitía tan pocas dilaciones. En fin, el 2 de junio partió Magnus, y con él partieron los abogados Mariano Riva Palacio, Martínez de la To-



Lord Sheridan

biese desdeñado justificarse, ó no hubiese defendido más que su memoria. Maximiliano era de alma más complexa, abogando por el honor y subsidiariamente por la vida. Telegrafió á México que se le nombrasen abogados, y en una postrera esperanza de salvación, encargó que fuesen escogidos entre los liberales. Al mismo tiempo se acordó del cuerpo diplomático. Acusaba á Francia de sus desgracias, y juzgaba peligroso el apoyo de Austria. Entre todos los diplomáticos el menos comprometido era el ministro de Prusia, el barón Magnus, quien tuvo el honor de ser designado para asistirle. El llamamiento era triste y apremiante. «Venga usted en seguida,» telegrafaba el príncipe. Y como hombre que tenía conciencia de la brevedad de sus días y de la impaciencia de sus enemigos, añadía: «No tengo tiempo que perder.»

re y Ortega, á los cuales se agregó más tarde el Sr. Vázquez. El 4, muy entrada la noche, el ministro de Prusia y sus compañeros llegaron á Querétaro, adonde llegaron también, en una emulación de celo, varios otros diplomáticos, los Sres. De Lago, Hooriks y Curtopassi. En substitución del Sr. Dano fué su subordinado, el Sr. Foretz, cónsul en Mazatlán. De este modo, al menos, Francia no parecería indiferente á aquel á quien había tiempo atrás llevado á aquella península. En torno de Maximiliano, aislado hasta entonces, abogados y diplomáticos formaron una especie de consejo. El tiempo urgía. Hubiese sido cándido confiarse á los jueces. Si quedaba una probabilidad, en San Luis de Potosí, sitio del gobierno, podría encontrarse. La distancia entre las dos ciudades era de cincuenta leguas. Dos de los abogados, el Sr. Martínez de la Torre y el Sr. Riva Pa-

lacio, y un poco más tarde el barón Magnus, emprendieron el viaje. Allí podría defenderse la causa del derecho, exponer las razones sacadas de la política, y esto ante los únicos hombres que podrían suspender el procedimiento ó suavizar el castigo.

A los defensores incumbía invocar el derecho. Su condición era favorable. Aunque moderados, pertenecían al partido vencedor; uno de ellos además, don Mariano Riva Palacio, era padre de uno de los generales del ejército liberal. El 8 y el 9 de junio vieron al Sr. Lerdo de Tejada, luego al presidente y, en fin, á algunos de los ministros, de todos los cuales recibieron testimonios de consideración personal. «Juárez, dice una memoria publicada en México y traducida posteriormente en Bruselas, nos acogió como dos amigos á

Facsimile de la firma de Maximiliano I

quienes no había visto hacía tiempo.» Cuando los abogados trataron de su demanda, los rostros tomaron un aspecto grave. Los defensores, dominando su ansiedad, desarrollaron sus argumentos sin omitir ninguno: la ley de 25 de enero de 1862 era una ley de extrema necesidad que era cruel conservar en los días de victoria; la verdadera justicia consistía en el olvido de lo pasado; la obscuridad de los acontecimientos, las complicaciones de todo género, excusaban los errores de los vencidos. La conclusión fué que una jurisdicción más suave substituyese á la justicia militar. Subsidiariamente se reclamaba una prórroga de un mes. Las conferencias fueron largas; la entrevista con el Sr. Lerdo de Tejada dícese que duró más de tres horas. Las réplicas fueron formuladas con fría resolución, más desconcertante que el arrebató. El 9 de junio, á mediodía, Juárez notificó su contestación: era una doble negativa de cambiar de jurisdicción y de prorrogar los plazos.

Lo que la defensa reclamaba en nombre del derecho el barón Magnus lo solicitó en nombre de la diplomacia. La compasión inspiraba su conducta; ¿será temerario añadir que otra consideración estimulaba su celo? Salvar la cabeza á un archiduque sería prestarle á Austria, que todavía se resentía de Sadowa, uno de esos servicios que no se olvidan jamás. En estas entrevistas con el ministro de Negocios extranjeros y con el presidente, el embajador del rey Guillermo habló en nombre de su soberano y también en nombre de Europa, dirigiéndoles menos que una amonestación y algo más que un ruego. El Sr. Lerdo de Tejada, y con él Juárez, contestaron con palabras sumamente corteses para con Prusia; luego, con una lógica cruel, añadieron: «¿Cómo quiere usted que, después de haber castigado á los mexicanos rebeldes, perdonemos al que fué jefe de la rebelión?»

Sin embargo, en todas las cortes del viejo continente habíase sabido por el cable atlántico el cautiverio del archiduque. Juárez tenía en el gobierno de los Estados Unidos un aliado singularmente útil al que debía su de-

finitivo triunfo y al que sin duda nada negaría. Hacia Wáshington afluyeron, á fines de mayo, las advertencias y las súplicas de toda Europa. Más emocionado que los demás, el emperador de Austria comunicó á su representante en los Estados Unidos que restablecería al archiduque en sus derechos de agnado y que de este modo se evitaría todo pretexto para nuevas empresas. El secretario de Estado para los Negocios extranjeros era, como se sabe, Mr. Seward. El 1.º de junio telegrafió á Mr. Campbell: «Vaya usted cuanto antes al lugar donde reside el presidente Juárez; recomíendele calorosamente la clemencia para con Maximiliano, y, si es preciso, para con los demás prisioneros de guerra.» ¡Ay!, Mr. Campbell, aunque agente de los Estados Unidos cerca de la República mexicana, permanecía quieto en Nueva Orleans: conforme ya se ha dicho, este diplomático era poco amigo de viajar. Durante dos días guardó silencio, contestando al tercero que, según todas las apariencias, Juárez estaría pronto en México, adonde, á menos de recibir instrucciones contrarias, trataba de trasladarse por la vía de Veracruz; pedía que se pusiese un buque á su disposición. «El departamento de Marina no tiene ningún buque disponible, replicó Seward. escoja usted el itinerario que quiera á condición de que sea el más rápido.» El 6 de junio nuevo despacho de Campbell: «¿Debo ir á México por Veracruz, ó á San Luis de Potosí por Monterrey? Deseo recibir instrucciones del departamento. A menos que el gobierno me proporcione los medios de transporte, el viaje será largo é inseguro.» Sin apercibirse de que la principal lentitud era la de su agente, Mr. Seward continuó con una notable dulzura la correspondencia telegráfica: «Si no hay comunicaciones directas con México, vaya usted á la Habana; de allí un barco inglés ó francés le transportará á Veracruz...» Transcurrieron aún dos días. Campbell se mostraba temeroso: temía las cuarentenas; además experimentaba una aprensión singular y se resistía á trasladarse á México bajo pabellón inglés ó francés, á menos de que perentoriamente se le ordenase efectuarlo. Sólo entonces se empezó á sentir alguna impaciencia en Wáshington: «El presidente desea que parta usted en seguida,» le comunicó el 11 de junio Mr. Seward. El diplomático americano no se desconcertó. Invocó una epidemia que reinaba en la Habana; luego estaba retenido en su casa por un grave ataque de fiebre biliosa. ¿Qué añadiré? Presentó su dimisión cuando poco importaba, habiendo pasado ya la hora de una intervención útil (1).

Los argumentos de los letrados, las diligencias de la diplomacia, todo resultaba igualmente inútil. Durante este tiempo, en Querétaro se disponía el teatro para el proceso de Maximiliano, de Miramón y de Mejía. Los debates comenzaron el 13 de junio. Jamás habíase visto parecido disfraz de la justicia. Tratábase de pesar los actos complejos de un reinado de tres años, y este examen era confiado á una comisión militar como se hubiese hecho para una infracción material. La humilde graduación de los jueces contrastaba con el rango de los acusados; para decidir de la suerte de un emperador, de un antiguo presidente de la República y de

(1) Véase *Executive documents*, tomo II, págs. 411-419, Wáshington, 1868.

un general en jefe había parecido que un teniente coronel y seis capitanes bastarían. Nada de pruebas escritas, nada de testimonios. Sólo había sido autorizada la asistencia de los abogados; pero ¿qué podían hacer no habiendo tenido más que algunos días para preparar una causa á la que se mezclaba toda la historia de México? Miramón y Mejía se presentaron en persona ante el tribunal; alegando el estado de su salud, Maximiliano se negó á comparecer; no por haberse desdenguado de contestar á sus jueces, llevó su estoicismo hasta su-

evasión. Sea porque hubiesen notado amaños sospechosos, sea porque hubiesen sido avisados por delación, los juaristas cambiaron la guardia. Luego, al amanecer, la princesa de Salm-Salm fué expulsada, y los mismos rigores se hicieron extensivos á los diplomáticos, cuya presencia se había tolerado hasta entonces en Querétaro. Recibieron orden de abandonar la ciudad en un plazo de dos horas y les fueron entregados pasaportes para Tacubaya: «Si volviérais antes de siete ú ocho días, díjoles el oficial que asistió á su partida, podría



Fusilamiento del emperador Maximiliano y de los generales Miramón y Mejía

primir la defensa. Los abogados informaron extensamente. Su principal cuidado fué presentar el asunto como político y que no era de la competencia de una comisión militar. Maximiliano, decían, había ido á México por creerse llamado por el voto nacional; luego alabaron (en lo que estuvieron exagerados) la extremada mansedumbre de su cliente; y finalmente arrojaron todas las responsabilidades sobre Francia, más de lo que lo requería el recuerdo de los antiguos esfuerzos comunes.

Toda esta elocuencia se desplegó en vano. Los acusados dirigían sus pensamientos á otra parte. Después del cautiverio del emperador habíanse combinado varios planes para facilitar su huida. La más ardiente en tramarse estos manejos era una joven americana, la princesa de Salm-Salm, cuyo esposo, prusiano de origen y antiguo oficial en el ejército federal, había pasado á las filas de los compañeros de Maximiliano. Los rigores de la vigilancia hacían el proyecto poco menos que quimérico. Se ha afirmado, sin embargo, que dos coroneles del ejército republicano fueron sobornados y que durante la noche del 13 al 14 debía intentarse la

costaros la vida (1).» En torno del archiduque sólo quedaban los servidores europeos, así como su médico particular, el doctor Basch. Este, metido en la cárcel, fué autorizado á permanecer cerca de su señor, pero en cierto modo á título de rehén: «Conocemos vuestros antecedentes, díjole con plácida sonrisa Escobedo; os hago responsable de lo que suceda y seréis el primero á quien haré ahorcar (2).»

Mientras se alejaban los diplomáticos, los jueces, volviendo de nuevo á su tribunal, reanudaban la vista interrumpida la víspera. El acusador público enumeró de nuevo los cargos contra el emperador caído: Maximiliano había desembarcado en México para fomentar la guerra civil; había prolongado su reinado por medio de la violencia, como lo probaba la ley cruel de 3 de octubre de 1865; había sido cogido con las armas en la mano; ¿qué necesidad se tenía de documentos escritos

(1) *Rapport du baron de Lago, ministre d'Autriche*, 25 de junio de 1867 (*Archives diplomatiques*, julio de 1868, pág. 999).

(2) Doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, tomo II, página 204.